

LA POLITICA INTERNACIONAL DURANTE EL PRIMER TRIMESTRE DE 1958

OFENSIVA SOVIÉTICA DE DISTENSIÓN INTERNACIONAL.

La última fase de la ofensiva de propuestas soviéticas para obtener una disminución de la tensión internacional, ampliamente desarrollada durante los primeros meses del año en curso, se inició el 9 de diciembre de 1957 cuando, enlazando con el proyecto presentado por la delegación polaca en la O.N.U., el ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, Rapacki, sometió a los embajadores de las tres potencias occidentales en Varsovia un plan para constituir en la Europa central una zona "desatomizada" que comprendería las dos Alemanias, Polonia y Checoslovaquia. Al día siguiente el Gobierno de la U. R. S. S. envió a los 82 países miembros de la O. N. U. y a Suiza un Memorandum en el que se contenían las propuestas soviéticas para elaborar un acuerdo general sobre los problemas internacionales. Estas propuestas eran, en resumen, las siguientes: celebración de una conferencia de alto nivel entre los representantes de Este y Oeste, conclusión de un pacto de no agresión entre los países miembros de la O. T. A. N. y los del Pacto de Varsovia, creación de una zona desatomizada en la Europa central, de acuerdo con la propuesta Rapacki, firma de un acuerdo que ponga fin a las experiencias atómicas y condene el uso de las armas nucleares, y conclusión de un compromiso entre las grandes potencias por el que éstas declaren su voluntad de abstenerse de cualquier ingerencia en los asuntos relativos a los países que integran el Oriente Medio.

El 9 de enero enviaba el mariscal Bulganin a los Gobiernos miembros de las N. U. y a Suiza un nuevo Memorandum en el que se concretaban en nueve apartados las iniciativas soviéticas. En el mes que separa ambos documentos, la única reacción occidental fué el discurso radiado pronunciado el 4 de enero por el primer ministro de la Gran Bretaña, MacMillan, y en el que éste proponía la conclusión de un pacto de no agresión con la Unión Soviética. Esta iniciativa británica fué acogida con sorpresa por cuanto venía a constituir una aceptación por parte de una de las principales potencias occidentales de uno de los puntos señalados por Moscú para disminuir la guerra fría y crear un clima de confianza entre los dos bloques, y también una rectificación de la tradicional actitud de las potencias occidentales. Dentro de una atmósfera de expectación como la que la ofensiva diplomática de Moscú había creado, la iniciativa de MacMillan, al margen de los propósitos concretos de que naciera, y que algunos observadores se apresuraron a relacionar con la visita a los países de la Mancomunidad que el *premier* debía iniciar tres días después, y muy especialmente con las conversaciones que tendría en Nueva Delhi con los representantes del Gobierno de la India, alcanzaba una significación muy especial. De manera obvia era un paso adelante dado por una de las potencias occidentales más caracterizadas para aproximarse a las propuestas soviéticas. De aquí que el segundo documento enviado por el Gobierno de Moscú a que hemos aludido, recoja aceptándola en sus líneas principales la propuesta MacMillan. Por lo demás, todos los razonamientos soviéticos tienden a demostrar la necesidad en que el mundo se encuentra de aceptar

los principios de la coexistencia pacífica si no quiere continuar viviendo bajo el imperio de la guerra fría, peligrosa situación que amenaza convertirse en una verdadera guerra caliente. La primera propuesta que el Gobierno soviético hace en su Memorandum del 9 de enero se refiere a la celebración de una conferencia del más alto nivel. Esta conferencia, que debería convocarse dentro de los inmediatos dos o tres meses, se ocuparía de las "cuestiones más urgentes, cuya solución representaría el comienzo de un saneamiento de toda la atmósfera internacional". Lugar preferente entre esas cuestiones ocupa la preparación de un acuerdo para la suspensión de los experimentos con armas atómicas y de hidrógeno por un mínimo de dos a tres años, que fuera la demostración de "la determinación de las potencias de adoptar medidas concretas para el cese de la carrera de armamentos atómicos y para la reducción de los peligros de la guerra atómica". La conclusión de un acuerdo de esta naturaleza, en opinión del Kremlin, estaría facilitada por el hecho de que "no requeriría en absoluto la adopción de medidas complicadas de control". La conferencia podría, además, dar ocasión para un cambio de impresiones sobre otros aspectos del desarme, tanto más cuanto que las negociaciones emprendidas en este sentido en el seno de las N. U. no tienen ninguna probabilidad de éxito.

En segundo lugar, el Gobierno soviético propone la conclusión de un acuerdo entre las tres potencias atómicas (Unión Soviética, Estados Unidos y Gran Bretaña) renunciando al empleo de tales armas de destrucción en masa. La tercera propuesta se refiere a la adopción del Plan Rapacki de desatomización de una zona de la Europa central, y se adelanta ya que Checoslovaquia, y la Alemania democrática han declarado estar dispuestos a constituir tal zona. El Gobierno soviético está dispuesto, afirma el Memorandum, a asumir, en unión con los Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña, las responsabilidades inherentes a la creación de esa zona desatomizada. Seguidamente se repite la iniciativa de conclusión de un pacto de no agresión entre los países miembros de la O. T. A. N. y del Pacto de Varsovia. Como quinta propuesta se ofrece la conclusión de otro acuerdo para la reducción de los efectivos militares situados en territorios extranjeros, comenzando por Alemania. El ideal sería la total retirada de tales fuerzas, pero teniendo en cuenta las serias dificultades que encuentra esta medida absoluta, se propone una reducción que siempre tendría un gran significado en orden a la pacificación de Europa. Finalmente, en la conferencia de los más elevados representantes de los Estados se podían discutir la adopción de medios de control que contribuyeran a garantizar la seguridad de los países, tales como el establecimiento de puntos de control en los grandes puertos, autopistas y nudos ferroviarios, o la delimitación de una zona de 800 kilómetros a ambos lados de la línea que divide a los dos bloques militares, dentro de la cuál se pudiera ejercer una efectiva vigilancia aérea, la intensificación de las relaciones comerciales internacionales, la forma como poner fin a la propaganda bélica y proceder también a un intercambio de puntos de vista acerca de la disminución de la tensión en el Medio Oriente. Caso de que los occidentales acepten la celebración de la conferencia que se les propone, el Gobierno soviético considera sumamente conveniente la asistencia de Estados neutrales, no abscritos a ninguno de los dos opuestos bloques, tales como la India, Afganistán, Egipto, Yugoslavia, Suecia y Austria.

Hemos querido recoger aquí con alguna amplitud el contenido de las propuestas soviéticas por considerar que el Memorandum del 9 de enero, aún manteniéndose en muchos aspectos dentro de una línea general y vaga, sistematiza perfectamente los puntos precisos sobre los que la Unión Soviética quiere montar su programa de acción de acuerdo con las necesidades polémicas de su política.

En los días inmediatos fueron conociéndose las respuestas de los Gobiernos occidentales al primer Memorandum de Moscú. El día 11 de enero respondía el presidente Eisenhower, el 16 el primer ministro francés, Gaillard, y el británico, Mac-Millan; el día 18 el primer ministro de Italia, Zoli, contestaba a la Nota soviética dirigida a su Gobierno con fecha 13 de diciembre, del mismo tenor que el Memorandum del 10 del mismo mes; siguieron luego las respuestas de Adenauer, de fecha 21, y la del Gobierno austriaco.

En su respuesta al Memorandum soviético del 10 de diciembre, el presidente Eisenhower dió su aceptación de principio a la celebración de una conferencia de alto nivel, pero siempre que ésta fuera objeto de una adecuada preparación mediante negociaciones directas entre los ministros de Asuntos Exteriores. Por su parte, y como contrapropuestas encaminadas a facilitar una distensión internacional, el presidente norteamericano llamó la atención sobre la necesidad de revisar la Carta de las N. U. en lo que se refiere al ejercicio del derecho de veto, que debía ser suprimido, de dar una solución a la división de Alemania y de poner fin a la situación a que se encuentran sometidos los pueblos de la Europa oriental, y, en fin, propuso la conclusión de un acuerdo sobre el pacífico disfrute de la estratosfera y sobre el control de los armamentos atómicos. Gaillard coincidió con Eisenhower en supeditar la celebración de la conferencia de alto nivel a las previas negociaciones preparatorias por los ministros de Asuntos Exteriores. Mucho más cauta, la contestación del primer ministro británico apenas alude a la propuesta conferencia de alto nivel, que dice estar en estudio por el Gobierno inglés, y se remite a una posterior respuesta al Memorandum del 9 de enero, del que acusa recibo. En cambio se extiende en consideraciones sobre la conclusión de un Pacto de seguridad con la Unión Soviética en los términos contenidos en su discurso del día 4.

En contraste con esta vaga respuesta británica, y mucho más en consonancia con la línea política norteamericana, la reacción de la Alemania federal es absolutamente inequívoca. El canciller Adenauer ha seguido, pues, manteniendo una posición perfectamente definida en lo que atañe a la solidaridad occidental frente a los ataques soviéticos, revestidos en esta ocasión, como tantas otras, de bienintencionadas propuestas diplomáticas. Las ideas que aparecen recogidas en la contestación germana del día 21 habían sido ya dadas a conocer por el propio canciller en un discurso radiado el día 15, en el que destacó los peligros que para la política occidental podrían derivarse de la aceptación de las propuestas soviéticas en favor de una conferencia de alto nivel si ésta no iba precedida de una cuidada preparación diplomática. Por razones evidentes el canciller federal insistió en aquel discurso en el problema de la reunificación de su país, cuya única solución puede encontrarse en la celebración de elecciones libres en todo el territorio germano. Por lo que toca al Plan Rapacki, Adenauer no duda en rechazarlo afirmando que no sólo "no ofrece ninguna protección a los países interesados", sino que además persigue como propósito esencial la desarticulación de la defensa europea por el debilitamiento de la O. T. A. N. Es necesario señalar, sin embargo, que esta firme y clara postura del canciller y de su Gobierno da base a renovados y cada vez más violentos ataques de los partidos de la oposición, el socialdemócrata y el liberaldemócrata, como lo ha demostrado el debate del 23 de enero en el Bundestag. Ambos condenan la política de Bonn por estar montada sobre el supuesto de la oposición de dos bloques y la vinculación de la Alemania federal a uno de ellos. Esto, dicen, lesiona los intereses auténticos del pueblo alemán, como lo abona el hecho de que la última gran oportunidad dada por el Este para abrir una etapa de más fáciles relaciones con la Alemania federal, o sea, la propuesta del Plan Rapacki, posible primer paso para un desarme efectivo que sería también, quizás, la vía para un replanteamiento sobre bases reales de la cuestión de la reunificación, es rechazada sin más y aun sin que sea ofrecida una contrapropuesta sobre la que el diálogo pudiera seguir abierto. Estas críticas de la oposición vienen a coincidir en muchas de sus argumentaciones con las procedentes del propio Gobierno de la Alemania del Este. El día 22 de enero, el presidente del Consejo de la República democrática alemana, Grotewohl, dirigió por medio de la radio un llamamiento a todo el pueblo alemán, proponiendo un referéndum popular para pronunciarse contra la instalación de bases atómicas sobre la totalidad del territorio germano. Al obrar así, el Gobierno de la Alemania comunista trata de aprovechar el estado de ánimo y el efecto que sin duda produce en muchos espíritus las críticas socialdemócratas para presentarse como el único Gobierno que tiene presente los reales intereses del pueblo alemán: "El Gobierno de la República democrática alemana, que se hace siempre intérprete de los intereses nacionales del pueblo alemán..."

De este modo el canciller federal, aunque apoyado por una mayoría de sus compatriotas, no deja de ofrecer un fácil blanco a sus enemigos políticos, lo que es tanto más sensible cuanto que viene a enlazarse esta propuesta polaca y el problema general del desarme alemán con el tema clave de la reunificación del país. Coincidiendo con socialdemócratas y liberaldemócratas, Grotewohl destacaba ante todo el pueblo alemán que "la cuestión de la zona desatomizada no es, como afirma Adenauer en su respuesta al presidente del Consejo Bulganin, una insignificante cuestión parcial, sino una cuestión vital para el pueblo alemán... Su realización depende de la decisión de la República federal; sobre ella recae la plena responsabilidad de la consolidación de la paz en Alemania y en Europa y de la eliminación del temor a una guerra atómica".

Más de una vez nos hemos referido en estas crónicas a la especial sensibilidad del pueblo alemán con respecto a un problema que es, con toda evidencia, como una herida abierta en el corazón de cada germano: la división de su patria. Y al comentar el desarrollo de la política internacional en los últimos años hemos podido aludir en renovadas ocasiones a cómo los políticos de la Alemania comunista, siguiendo las orientaciones de Moscú, han buscado siempre la ruina y el descrédito del canciller federal, precisamente tendiendo a crear la convicción de que el mantenimiento de las posiciones pro occidentales que caracterizan la política de Adenauer trabaja inevitablemente en el sentido de impedir todo paso hacia la reunificación de Alemania, y por ende, hacia la verdadera pacificación de Europa. La propuesta Rapacki es ahora una prueba más de esto y de aquí la delicada posición en que se ha encontrado Adenauer, especialmente después de la actividad diplomática desplegada por Polonia en el mes de febrero. Las precisiones dadas por el ministro de Asuntos Exteriores Rapacki sobre su plan para una zona desatomizada ante los representantes en Varsovia de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Unión Soviética y otros países, la entrevista concedida por Gomulka y publicada en el *Times* del 18 de febrero, y sobre todo, la oferta hecha a Bonn, vía Suecia, de negociaciones bilaterales para proceder a un examen del plan de desarme atómico, han impedido al Gobierno federal encerrarse en aquella firme negativa que inspira la contestación de Adenauer de fecha 21 de enero. El canciller no ha podido permanecer insensible ante una corriente de opinión muy fuerte en Alemania a comienzos de febrero según la cual el rechazar pura y simplemente el Plan Rapacki, sin entrar siquiera en diálogo, será un grave error. Esto explica la contrapropuesta formulada por el Gobierno de Bonn en respuesta a aquella oferta de negociaciones directas entre los dos países. La contrapropuesta germana, elaborada al parecer por el ministro de Defensa, Strauss, quiere la ampliación del área de desarme atómico hasta incluir Hungría, Rumanía y Albania, junto con la adopción de un eficaz sistema de control, y también un mayor equilibrio en las fuerzas convencionales. Pero nada de esto es bastante para desviar la clara orientación del Gobierno de Bonn de permanecer dentro de la máxima ortodoxia atlántica y de proseguir, aunque sea lentamente, el camino que conduce a un reforzamiento de la *Bundeswehr*. Sirvan de ejemplo las gestiones llevadas a cabo en los Estados Unidos por el ministro de Defensa, Strauss, principalmente para la adquisición de determinados tipos de modernos armamentos, tales los proyectiles Matador C, o la iniciativa de Bonn cerca de la U. E. O. para la revisión de algunas de las cláusulas de los Tratados de París que imponen limitaciones en materia de armamentos. La tensión que estas encontradas tendencias producen en el seno de la política interna de Alemania federal es grande, como ha quedado de manifiesto en los agitados debates del Bundestag los días 20, 21 y 22 de marzo.

Entre tanto, la polémica acerca de la proyectada conferencia de alto nivel siguió generando nuevas notas, memorandum y declaraciones. El 7 de febrero el mariscal Bulganin remitía al presidente Eisenhower un nuevo mensaje, y con igual fecha MacMillan respondía al Memorandum soviético de 9 de enero, haciendo lo propio el ministro francés, Pineau, el 16 de febrero. El 14 de marzo, Bulganin contesta a MacMillan, diez días después se daba a conocer el texto de un nuevo Memorandum soviético, y al día siguiente Foster Dulles hacía unas declaraciones en su conferencia

de Prensa en las que volvía a insistir en la necesidad de dar entrada en las discusiones al problema de Alemania y a la situación en los países de la Europa oriental.

NUOVA ETAPA EN EL PROCESO DE LA UNIDAD EUROPEA.

El día 1.º de enero ha entrado en vigor el Tratado firmado en Roma el 25 de marzo de 1957 por el que se instituía la Comunidad Económica Europea entre los seis países de la C.E.C.A., así como del Tratado por el que se crea una tercera Comunidad conocida con el nombre de Euratom. Es una fecha digna de ser destacada porque para nadie debe ofrecer duda que se trata de algo transcendental para Europa y cuyas consecuencias no podemos de ninguna manera prever. Al entrar en vigor los mencionados Tratados comienza una fase muy distinta de la que acaba de cerrarse. Muchas cuestiones y problemas, de cuya complejidad y dificultad se han percatado los negociadores y los Gobiernos, deberán ahora ser abordadas sobre la marcha, al tiempo que los nuevos mecanismos comienzan a funcionar para dominar una realidad tan complicada como es la vida económica de seis países, sin olvidar las incidencias de todo este complejo sobre el resto de las economías europeas. La designación de los altos cargos de las tres Comunidades y la discusión del problema de la sede única o separada de las mismas, han ocupado los primeros esfuerzos de los seis ministros de Asuntos Exteriores reunidos en París los días 6 y 7 de enero. En las designaciones de las presidencias, incluida la de la C.E.C.A., se ha seguido un criterio de equilibrio de nacionalidades. La presidencia de la Comisión de la C.E.E. ha recaído en el alemán Hallstein, teniendo como vicepresidentes a un italiano, un francés y un holandés, y como miembros a un alemán, un francés, un italiano, un belga y un luxemburgués. La presidencia de la Comisión del Euratom ha sido asumida, en cambio, por un francés, Armand, satisfaciéndose así las aspiraciones galas, consecuencia del celo de Francia como potencia atómica. La única vicepresidencia de esta Comisión ha sido confiada a un italiano, siendo los miembros, un belga, un holandés y un alemán. Con objeto de que el Benelux obtuviera en este reparto de presidencias una de ellas, se ha designado a Paul Finet como cabeza de la Alta Autoridad de la C.E.C.A., y, finalmente, el italiano Campilli ha sido nombrado presidente del Banco Europeo de Inversiones.

En relación con la cuestión de la sede la solución se ha encontrado dificultada por las pretensiones de diversas ciudades, algunas pertenecientes a un mismo Estado. Pero desde el primer momento se ha advertido que por razones prácticas y aún políticas no convenía designar sedes distintas para cada una de las respectivas Comunidades nacidas del esfuerzo integrador de la Pequeña Europa de los Seis, sino, por el contrario, dar a las tres Comunidades, que han de tener órganos comunes, una sola capitalidad que, además, contribuiría a crear en los europeos la conciencia de la unidad europea representada en una ciudad sede de sus órganos comunes. Este parece haber sido la idea aceptada por los ministros reunidos en París, pero por el momento se ha optado por una solución provisional, con arreglo a la cual Luxemburgo continuará siendo la capital de la C.E.C.A. y celebrándose las reuniones de los nuevos órganos comunes bien en el propio Luxemburgo, o en Estrasburgo o en Val Duchesse. Precisamente en Val Duchesse se reunió oficialmente por primera vez el Consejo de Ministros de la C.E.E. y del Euratom, bajo la presidencia del ministro belga Larock, para discutir diversas cuestiones referentes al proceso de organización, durante los días 24 y 25 de enero.

Dentro del marco europeo, y más concretamente, de la Europa a Tres que forma el Benelux, debe señalarse el término del proceso hacia la unión económica emprendido previsivamente por estos tres países cuando todavía no había dado fin la segunda gran conflagración, con la firma en La Haya el día 3 de febrero de un Tratado de unión económica y de varios Protocolos y Convenciones anejos. La importancia de este acto, en virtud del cual nace una Unión basada en una perfecta coordinación de las respectivas políticas económicas y realizada mediante la entera libre circulación de

mercancías, personas servicios y capitales, no se deriva tanto de la intensa actividad económica que los tres países representan, como del ejemplo que han ofrecido a toda Europa. La perseverancia en los propósitos fijados inicialmente y la sabia política de cooperación intergubernamental desarrollada a lo largo de años que no han sido precisamente fáciles, han dado este resultado, del que los tres del Benelux pueden sentirse orgullosos.

Más arriba indicábamos que con la entrada en vigor de los Tratados de Roma se abría para Europa una nueva etapa. Como una manifestación más de que esto es así, los días 25 al 28 de septiembre se reunió en Estrasburgo por última vez la Asamblea de la C. E. C. A., presidida por Hans Furler y con la participación del recién nombrado presidente de la Alta Autoridad, Paul Finet. En virtud de lo establecido en el artículo 2, párrafo 2 de la Convención aneja a aquellos Tratados, esta Asamblea desaparece en cuanto órgano de la C. E. C. A. para transformarse en Asamblea común de las tres Comunidades de los Seis. Como es sabido esta nueva Asamblea se diferenciará de la de la C. E. C. A. tanto por el número de sus miembros como por el modo de elección de éstos. Días después, el 19 de marzo, se abrió en la misma capital alsaciana la nueva Asamblea, denominada Asamblea Parlamentaria Europea, formada por 142 miembros (la anterior estaba compuesta por 78). La entrada en funciones de este alto organismo de la Pequeña Europa significa un paso de gran importancia, lo mismo respecto de la integración de los países europeos que respecto de la simplificación de las estructuras institucionales creadas por las distintas Comunidades. En esta primera sesión la Asamblea procedió a elegir su presidente, siendo designado Robert Schuman, artífice de la C. E. C. A. y personalidad que merece un lugar preferente entre los máximos campeones del europeísmo.

El 25 de marzo se reunieron en Roma las Comisiones de la C. E. E. y del Euratom. Continuaron así en la capital italiana, como homenaje a ésta en el primer aniversario de los Tratados, los trabajos emprendidos en enero en Bruselas y Luxemburgo, alternativamente, para preparar el reglamento interno de las Comunidades. En esta tarea de organización interna de la Europa de los Seis, la Comisión de la C. E. E. tiene que enfrentarse con problemas más complicados que la Comisión de Euratom, ya que ésta inicia sus trabajos en un campo virgen, en tanto, que la C. E. E. opera sobre una realidad en la que se ha de tener en cuenta la existencia de la C. E. C. A. como organización gemela. Concretamente, entre otras cosas que podrían señalarse, la Comisión de la C. E. E. ha propuesto al Consejo de Ministros, en aplicación del artículo 51 del Tratado, que se adopte la Convención de 17 de diciembre de 1957 sobre los trabajadores carbo-siderúrgicos emigrantes, lo que implica el estudio de la fórmula jurídica que permita la transformación de esa Convención en un reglamento interno de la C. E. E.

La Comisión del Euratom, que ha establecido contacto con el Comité para la energía atómica de la O. E. C. E., ha estudiado, entre otras cuestiones de destacado relieve, el problema de la libre circulación de las materias primas nucleares, que deberá estar resuelto para fines de año.

Paralelamente a estas actividades de los órganos de la Europa de los Seis, se han seguido intensamente los trabajos relacionados con la constitución de una Zona de libre cambio. Los días 16 y 17 de enero se celebró en París la tercera sesión del Comité especial de la O. E. C. E. para la Zona. Entre los puntos sometidos a examen por este Comité estuvo el referente al régimen de los productos agrícolas, para el que la Gran Bretaña ha presentado un proyecto que ha encontrado la oposición de varios países, particularmente Francia.

El Comité Maudlnt volvió a reunirse los días 17 y 18 de febrero, llegándose en esta cuarta sesión a un acuerdo del íneas generales acerca de las tarifas aduaneras básicas. La quinta sesión se celebró los días 11 al 13 de marzo, volviéndose a considerar los problemas del origen de los productos, la armonización de los regímenes fiscales y la de los productos agrícolas.

La evolución que en los meses sucesivos experimenten las distintas posiciones que se oponen para resolver estos delicados problemas de la Zona será de la mayor im-

portancia, pues, según que sigan un rumbo u otro, se conseguirá o fracasará el fin que se pretende: la armonización del proyecto de la Zona y el Mercado Común.

Las actividades desplegadas por los órganos de las Comunidades Europeas recién nacidas, han dejado en el último tiempo un poco en olvido la existencia de una Europa a Siete: la U. E. O. Pero como para reforzar el signo europeo con el que ha comenzado el año 1958, se celebró en Roma los días 5 y 6 de marzo una reunión del Consejo de Ministros de la Unión, que no puede ser silenciada precisamente porque demuestra que esta institución permanece con vida y se preocupa de enlazar eficazmente con las nuevas entidades que enriquecen hoy el movimiento político de nuestro Continente. Aparte de los intercambios de puntos de vista a que esta reunión romana ha dado ocasión sobre los problemas más candentes del momento actual, como por ejemplo los que hacen relación con la creación de una Zona de Libre cambio, el Consejo de Ministros de la Unión ha considerado como problemas específicos de la competencia de la Unión los tres siguientes: en primer lugar el de la investigación, protección y desarrollo de los armamentos, con objeto de llegar a una integración en las investigaciones experimentales de los nuevos tipos de armas y a una armónica coproducción bélica; en segundo lugar, el de la necesaria conexión con la Comunidad del Euratom. Sabido es que el Protocolo IV de la U. E. O. creó una Agencia para el control de los armamentos, la cual, una vez entrado en vigor el Tratado del Euratom, debe armonizar sus funciones con los órganos de esta Comunidad, especialmente dentro del campo de las industrias nucleares. En este punto el Consejo ha autorizado a la Agencia de la Unión a establecer contacto con la Comisión del Euratom y proceder así a una delimitación de las respectivas esferas de competencia. Por último, el Consejo ha abordado la cuestión de las relaciones entre el Consejo y la Asamblea de la U. E. O.

DIFÍCIL SITUACION EN AFRICA DEL NORTE Y ORIENTE MEDIO.

El desarrollo de los acontecimientos en Africa del Norte y en el Oriente Medio ha determinado un empeoramiento de la situación. Como un claro aviso de la amenaza que el dilatado mundo afroasiático representa en esta hora para la paz internacional habrá que recordar la Conferencia de El Cairo, clausurada el 1.º de enero, y en la que han participado 400 delegados de 38 países de Africa y Asia. Esta conferencia ha sido un triunfo soviético en cuanto ha permitido, de manera evidente, a la política de Moscú reforzar "sobre el terreno" las tendencias anticolonialistas y antioccidentales que nutren a los pueblos de color y orientan la política de sus gobiernos. Inevitablemente los comentarios sobre esta Conferencia de El Cairo han resaltado unánimemente la diferencia de clima en que se ha celebrado con relación a la primera conferencia afro-asiática de Bandung. La bandera del anticolonialismo estuvo allí levantada también, pero en 1955 se oyeron voces que acusaban al imperialismo de la U. R. R. S. para destacar su peligrosidad. Ahora esto no podía ocurrir porque la Unión Soviética no sólo no estaba ausente, sino que además ejerció un indudable dominio sobre la semana de duración de la Conferencia. En esto reside su mayor trascendencia. En El Cairo la U. R. S. S. ha mostrado sin disimulos la fuerza y profundidad de su penetración en aquellos pueblos. Se ha constituido un Comité permanente de solidaridad afro-asiática, en el que, aunque el cargo de secretario general ha sido otorgado a un egipcio, existe un representante soviético. Además, la Unión Soviética ha presentado en aquel escenario, tan hábilmente preparado, sus generosas ofertas de ayuda económica a los países subdesarrollados, y ha estimulado las corrientes de odio contra los países europeos y los Estados Unidos, presentándose como valedora de todos aquellos movimientos de liberación nacional que mantienen en grave agitación al mundo árabe.

Nada de lo que ocurrió en la capital egipcia puede causar sorpresa. Está enteramente en la línea de la política de Moscú y dentro de las orientaciones que marcan la ruta seguida desde hace años por el llamado despertar de Asia y Africa. Pero lo

destacado ha sido que en un escenario tan preparado la U. R. R. S. se ha exhibido como mentora de la lucha de los pueblos de color contra el grupo de los países occidentales.

En Africa del Norte, concretamente en Túnez, se sucedieron pronto acontecimientos muy graves. Primero fué la incursión de rebeldes argelinos del F. L. N., al parecer procedentes de sus bases en territorio tunecino, en la localidad fronteriza de Sakhiet Sidi Yussef, donde causaron la muerte de catorce soldados franceses e hicieron cuatro prisioneros que, según se afirmó, fueron trasladados inmediatamente a territorio de Túnez. Este acontecimiento ocurrió el 11 de enero. El Gobierno de París protestó enérgicamente cerca del embajador de Túnez en la capital francesa, haciéndole entrega de una nota en la que se exigía la devolución de los prisioneros y se acusaba a Túnez de complicidad con los rebeldes. El Gobierno de Burguiba rechazó esta protesta desmintiendo que el ataque se hubiera preparado desde su territorio y negando que en él estuvieran retenidos los prisioneros franceses. Seguidamente el Consejo de Ministros francés decidió el día 15 que, no siendo satisfactoria la respuesta tunecina, se enviara una misión investigadora formada por el general Buchalet y el representante de la Presidencia del Consejo, Jacques Larché. Tal decisión fué completamente inoperante, pues, decidido Burguiba a no admitir intimidaciones galas, se negó a recibir a estos enviados, aumentándose así la tensión diplomática.

El 8 de febrero la situación se puso al rojo cuando aviones franceses bombardearon duramente la citada localidad situada en la frontera argelino-tunecina, causando ochenta muertos y más de cien heridos. Esta situación aérea de represalia se intentó justificar acusando a la población argelina de haber constituido allí un foco de protección a los rebeldes, que, según la versión francesa, habían hecho fuego antiaéreo contra aviones militares. La afirmación del general Salan de que los objetivos habían sido militares no pudo destruir la impresión producida en todo el mundo por los terribles daños sufridos por la población civil. Los observadores extranjeros, los diplomáticos de diversos países que visitaron el siniestro lugar, difundieron por todo el mundo una versión de lo sucedido nada favorable a Francia. La misma Prensa y opinión francesas condenaron la acción militar. Como primera consecuencia quedaron rotas las relaciones diplomáticas entre Túnez y París, así como las conversaciones en curso para acordar una regulación jurídica de la presencia de tropas francesas en territorio tunecino. El bombardeo de Sakhiet no representó nada desde el punto de vista militar, pero desde el punto de vista político fué una catástrofe para Francia. Y no sólo considerando las relaciones franco-tunecinas, sino también el problema de Argelia y todo el conjunto norteafricano. El grave error cometido, incluso la culpabilidad francesa, fueron paladinamente reconocidos por Pineau cuando informó a todos los jefes de misión en el exterior, sin duda para frenar la enorme impresión producida, que las víctimas civiles de esta acción emprendida "en legítima defensa" serían indemnizadas. Pero el Gobierno francés no podía contener las consecuencias de esta imprudencia militar. El asunto de la presencia de Francia en el Norte de Africa se convertía, sino lo era ya, en un asunto internacional. Noruega anunciaba su propósito de plantearlo ante la O. T. A. N., Burguiba se dispuso a recurrir a las N. U., y los 14.000 soldados franceses en territorio tunecino quedaban bloqueados, prácticamente prisioneros de Burguiba, al tiempo que la entrada y la salida de navíos franceses en el puerto de Bizerta era prohibida.

Coincidiendo con esta agravación de la situación en el Norte de Africa, el Oriente Medio fué escenario, en un plazo de días, de espectaculares cambios políticos y constitucionales. Se hace necesario aludir aquí a la celebración en Ankara, los días 27 a 30 de enero, de la cuarta sesión del Consejo del Pacto de Bagdad. Esta reunión había sido precedida de ciertas manifestaciones soviéticas, tales la Nota difundida por la Agencia Tass el día 21 y el discurso pronunciado al día siguiente en Minsk por Kruschchev, en las que se había hecho valer la decisión de la U. R. R. S. de recordar a los occidentales su presencia en el Oriente Medio y su propósito de reaccionar frente a cualquier acción del Occidente y, en especial, de los Estados Unidos, que pudiera afectar a sus intereses en aquella zona. La Conferencia de Ankara re-

unió personalidades destacadas del mundo occidental, pero fué sobre todo la presencia de Foster Dulles la que hizo que la cuarta sesión del Pacto adquiriera un relieve singular. La presencia del dinámico secretario de Estado parecía ser una respuesta a las admoniciones de la U. R. S. S. Ciertamente Dulles quiso poner en claro la voluntad de los Estados Unidos de suministrar su ayuda militar y económica a los países mediorientales del Pacto, pero sin embargo, pese a lo que se pensó por las circunstancias que rodeaban la Conferencia, los Estados Unidos no hicieron ningún movimiento en el sentido de incorporarse plenamente al Pacto. En cambio, la nota destacada era la situación de Iraq. Este país, el único árabe del Pacto, se encuentra desde hace tiempo en una posición difícil como consecuencia del cada vez mayor impulso tomado en aquella región por los movimientos nacionalistas. En los preludios de la Conferencia se llegó a hablar de su separación de la alianza, ganad por la eficaz propaganda panarabista de Egipto y Siria. El comunicado final publicado en Ankara el día 30 permanece dentro de la estudiada vaguedad de la mayoría de los documentos de esta índole, pero no por eso desaparecen las causas que determinan que el Pacto de Bagdad vaya siendo paulatinamente minado por la evolución de los acontecimientos y perdiendo eficacia a medida que se van cristalizando y tomando fuerza: nuevas orientaciones políticas nacidas de la complejidad de problemas que es característica de aquella región.

En un espacio de días el panorama político del Oriente Medio adquirió una fisonomía desconocida y difícilmente previsible. El 1.º de febrero se firmaba en El Cairo por el presidente de la República egipcio, Nasser, y por el presidente de la siria, Khatly, el documento por el que ambos países decidían unirse para dar nacimiento a un nuevo Estado: la República Árabe Unida. Esta decisión era calificada como un primer paso hacia la realización de la total unidad de los pueblos árabes. Cualquiera que sea la suerte de este nuevo sujeto de Derecho Internacional, es indudable que representa un hecho político de primer orden. Los problemas que representa la puesta en marcha de esta unión son considerables, aunque sólo sea prestando atención a la dificultad de armonizar sus economías y a la falta de continuidad territorial. Pero dentro del actual panorama que ofrece el mundo árabe, en el que el protagonismo egipcio conserva su fuerza, la República Árabe Unida es un factor de gran peso que repercute en la disposición de las fuerzas que actúan en toda la región del Oriente Medio, en la política defensiva patrocinada por los Estados Unidos y en el despliegue de la política soviética.

Todavía no estaban agotadas las posibilidades de sorpresa que el Oriente Medio encierra. El 14 de febrero, después de escasos días de negociaciones, los monarcas de Jordania e Iraq firmaban en Amman el documento de la unión federal de sus respectivos países. Es inevitable establecer una conexión entre estos dos inmediatos cambios políticos. Como lo es también pensar que la repercusión de esta federación será grande sobre la suerte futura del Pacto de Bagdad. Ante los árabes, la unión de Jordania e Iraq puede alcanzar también el valor del símbolo de una unión que trabaja en sentido preparatorio para lograr la gran unión de los árabes todos, pero no en igual medida que la unión de Egipto y Siria, porque tanto Jordania como Iraq tienen el lastre de sus inclinaciones prooccidentales, especialmente la segunda en cuanto miembro del Pacto de Bagdad. La situación que de este modo se ha creado en el Oriente Medio ha ganado en complicación. La incógnita no está tanto en las relaciones que ambas uniones de Estados mantengan en sus primeros meses de vida, sino sobre todo en la actitud que los demás países árabes adopten respecto de ellas. El Yemen ya se ha decidido por la República Árabe Unida, en virtud del Acuerdo firmado en Damasco el 8 de marzo por el que este Reino se federa con la República Árabe Unida y se crean los Estados Arabes Unidos. Pero restan el Líbano y la Arabia Saudita.

En esta última se ha registrado en los últimos días de marzo un cambio político cuya significación no aparece completamente clara y que, por lo mismo, se ha prestado a interpretaciones muy distintas. El día 23 el rey Saud ha promulgado un Decreto transfiriendo sus plenos poderes, tanto en la política interior y financiera

como en la exterior, a su hermano el príncipe Faisal, que ejercía ya los cargos de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, además del alto mando de las fuerzas armadas del Reino. En un principio esto puede ser interpretado como un mero cambio de personas dentro de la línea de poder absoluto que caracteriza a la Arabia Saudita. Pero si se consideran el importante papel político y religioso jugado por Ibn Saud dentro del mundo árabe y las tendencias pro-occidentales que en diversos momentos se han atribuido al monarca, y se contempla lo sucedido teniendo como telón de fondo la creación con una diferencia de días de la República Árabe Unida y de la Federación jordano-iraquí, se concluye necesariamente que la cesión de poderes de Saud a favor de su hermano es manifestación de algo más profundo que un mero cambio de titulares en el poder dentro de una familia, y también que esto obedece a la aparición de nuevas fuerzas cuyo significado no es fácil identificar para el mundo occidental. Los comentarios internacionales lo han intentado barajando diversos elementos: la pugna Saud-Nasser, especialmente con ocasión de la unión sirio-egipcia, la entrada en juego de corrientes de opinión opuestas al absolutismo y a la fusión Estado-monarca, la difícil situación financiera, etc.

Cualesquiera que sean los motivos interiores o inter-árabes, es cierto que en el plano internacional hay que valorar la orientación favorable a la República Árabe Unida de que ha hecho pública manifestación el príncipe Faisal, aunque sea ir demasiado lejos querer ver en esto la prueba de una incorporación inmediata a tal unión de la Arabia Saudita, para lo que el obstáculo más difícil de saltar sería, sin duda, la fuerza que tiene en aquel Reino el mantenimiento de la dinastía.

Quedaría incompleta esta rápida visión de los acontecimientos registrados en el mundo árabe y en África del Norte, si no hiciéramos alusión al proyecto lanzado por Gaillard para la creación de un Pacto del Mediterráneo. El día 7 de marzo y antes de procederse en la Asamblea Nacional a la votación de confianza con ocasión de la presentación del presupuesto de Defensa (que fué ganada por 286 votos contra 147), el presidente del Consejo pronunció un discurso sobre las grandes líneas de la política militar de su Gobierno, en el curso del cual propuso la conclusión de un pacto entre los países costeros del Mediterráneo Occidental.

El Pacto Mediterráneo aparece considerado como "complemento natural del Pacto Atlántico", pero el proyecto, teniendo en cuenta el contenido y la orientación de todo el discurso, está determinado por el problema argelino y la crisis franco-tunecina. El Pacto agruparía con Francia a España, Italia, Marruecos y Túnez. ¿Y Argelia? La vaguedad de la iniciativa francesa se acentúa al hablar de Argelia: "En este complejo la Argelia francesa, gozando de la libertad administrativa que le garantiza la ley de bases, encontrará su puesto natural." No es fácil interpretar lo que esto quiere decir exactamente. Francia no abdicaba de considerar a Argelia como formando parte integrante de la metrópoli, pero suponía que dentro del Pacto encontraría "su puesto natural". Nada más confuso. Marruecos y Túnez no podrían formar parte de ese Pacto que las apartaría de las determinantes de la política norte-africana. Simultáneamente, Francia insertaba, aunque de forma extraña, a Argelia dentro de un sistema que rebasaba el cuadro francés, aunque fuera concebido *in pectore* para servir los intereses de Francia. Contradicción evidente con la tradicional oposición gala a nada que se parezca a la internacionalización de la cuestión argelina. La prensa internacional dedicó amplios comentarios al proyecto Gaillard en los días inmediatos. Dos semanas después el "ballon d'essai" se había deshinchado.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.